

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 25 de mayo de 2011

Texto de referencia: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», supl. de Huellas-Litterae Communionis, n. 6 (2011)

- *La guerra*
- *Non son sincera*

Gloria

Comienzo leyendo una carta que ha mandado uno de vosotros: «Te escribo para pedirte ayuda sobre una cuestión del método, un punto que no me resulta claro del todo. El otro día, mientras ensayaba con mi instrumento –soy músico–, se me ocurrió esta analogía: cuando tengo que afrontar un pasaje de virtuosismo muy veloz, difícil de entonar, un pasaje en el que me atasco, ¿qué hago? Me paro, lo ralentizo, lo secciono, lo analizo, trato de identificar el problema; en definitiva, lo afronto con un método técnico muy preciso. Es como si, poco a poco, esas notas difíciles se iluminasen, llegando después de este recorrido a un conocimiento verdadero de esa música. Aquí me surge una pregunta: “Cuando me atasco en los pasajes de virtuosismo de la vida, ¿cómo me muevo? ¿Cómo los afronto? ¿Tengo una hipótesis de trabajo así?”. Es inútil engañarme, me he sentido fuera de juego». ¿Comprendéis cuál es el problema? Porque esta persona, aunque dedica mucho tiempo a la música, no será tanto como el tiempo de toda su vida (la música es una parte de la vida). En ciertas actividades empleamos un método gracias al cual conseguimos afrontar los pasajes complicados, pero cuando hacemos esto con respecto a nuestra vida, nos sentimos fuera de juego, aunque tengamos muchas más ocasiones para aprender. Por eso, cuando Giussani insiste en el método no lo hace porque tenga una fijación, sino porque, en caso contrario, como nos testimonia este amigo, no conseguimos aprender, y después de muchos intentos uno está fuera de juego. Continúa: «Si alguien me preguntase: “Oye, ¿cómo abordarías tú este pasaje musical difícil?”, yo le diría que tengo un método probado que ofrecerle. ¿Y para las circunstancias de la vida? Leyendo tus intervenciones, viéndote en al última Escuela de comunidad, me he dicho: alcanzar una certeza como ésta sobre Cristo debe ser posible únicamente a través de un método científico [un método, digamos] como el que tengo en la música. No creo estar exagerando si digo que, al desear un método científico, deseo entrar en todas las circunstancias sin lanzarme a ellas cada vez un poco al azar, confundido, impedido, con un “¡veamos cómo va!” [Ésta es habitualmente la forma con la que afrontamos las circunstancias: vemos cómo va, si por casualidad sucede, porque es como si todo lo que hemos probado (sería ésta la palabra) no nos hubiese llevado a hacer experiencia, y de hecho no ha crecido, no se ha vuelto nuestro]. Y siempre vivo como a tientas, en la oscuridad. Frente a la muerte dolorosa de un chico joven que estaba a punto de ser padre, ¿qué dice la gente? “Ante un hecho así no hay palabras”, dicen algunos, pero a mí me gustaría gritar: “Un cuerno que no hay palabras, ¡Cristo también ha vencido esto!”, pero no puedo decir algo así sólo por decir [ésta es la clave: no puedo decirlo, quisiera decirlo, ¡pero no puedo!]. Te pido que me echés una mano, porque me he dado cuenta de que decirme que el método es seguir a Giussani y que el método es la experiencia no tiene todavía el mismo carácter científico que veo en ti y que yo, por ahora, sólo experimento con mi instrumento». Amigo, yo no tengo más que decirte que lo que te digo, pero la cuestión es que el “carácter científico” se alcanza únicamente si te tomas en serio el método y lo verificas. No tengo nada que añadir, no tengo ningún manual secreto, ni unas instrucciones de uso distintas. Pero como tú tienes ahora un

método que has verificado en la experiencia, sólo podrás aprender si lo pones a prueba. Por eso don Giussani nos propone un camino, no un milagro: un método; y el método es la experiencia. ¿Cómo se aprende esta experiencia? ¿Cómo se hace? Intentándolo, tratando de poner en juego lo que has comprendido y luego volviendo sobre el texto, tratando de comprender qué has aprendido. Es decir, se trata de un trabajo, es una comparación estrecha entre lo que yo intento y lo que dice el texto. La primera vez no comprendemos ni una décima parte de lo que dice el texto, porque no se llega a entender reflexionando de forma abstracta sobre el texto, sino que se aprende arriesgando, y luego, cuando vuelves a leerlo, exclamas: «¡Ah, esto se me había escapado!», y entonces lo vuelves a poner en juego. Luego vuelves a leer... «¡Ah, también se me había escapado esto!», y verás cómo se vuelve cada vez más tuyo. En los Ejercicios he citado este desahogo de don Gius: «Hace treinta años, cuando empezaba a decir estas cosas, ¡no pensaba que después de treinta años habría tenido que repetirlas tantas veces para hacérselas comprender a aquéllos que desde hace diez años caminan por el mismo camino!». Nadie se toma en serio, “científicamente” –si queréis decirlo así–, lo que dice; y por eso uno es implacable con la música (también porque le pagan), pero cree que en la vida se puede permitir ser menos preciso... Sin camino no existe certeza, porque la verificación se produce en la experiencia, en la vida, no en nuestros pensamientos. Si no hacemos este camino nos encontramos como me escribe uno de vosotros: «Ante la frase [mirad, ¡son frases elementales!]: “La fe es una experiencia presente”, me quedo demasiadas veces –pero tengo la impresión de que a veces sucede también a mi alrededor– como un idiota, sin comprender siquiera qué quiere decir la frase, como si estuviera delante de unos jeroglíficos egipcios cuyo sentido no comprendo, porque no sé qué quiere decir “fe” (demasiadas veces confundida con el sentimentalismo o con el moralismo que llega a expresarse en ritualismo o en asociacionismo), porque no sé qué quiere decir “experiencia” (demasiadas veces confundida con emoción o imaginación). Cuando me pides hacer el trabajo de sorprender en acción mis factores constitutivos, me siento como si me pidieses algo fuera de mí [no, está al alcance de tu mano, es facilísimo, pero hace falta un trabajo: todos hemos llegado desde pequeños a una certeza sobre nuestra madre, llegar a la certeza está al alcance de cualquiera, de cualquiera]. Es como si estuviese corriendo los 100 metros lisos y a mitad de carrera me pidieses que me parase y mirara los metros recorridos. Un esfuerzo enorme contra la tendencia de correr: inútil, es una pérdida de tiempo. Y sin embargo, ante la circunstancia del nacimiento de un hijo, de la enfermedad de un amigo, de la pérdida del trabajo, uno reacciona. Entonces comprendo que la única posibilidad de descubrir algo es hacer este recorrido». ¡Sería suficiente hacerlo para empezar a comprenderlo! No penséis que lo aprendemos con abstracciones, diciendo lo primero que se nos ocurre. Ahora tenemos una posibilidad estupenda de verificación, y por eso hemos hablado de las elecciones como la verificación de la fe. Un hecho en el que cada uno ha visto cómo se ha puesto en juego o cómo no lo ha hecho, qué ha aprendido o qué no ha aprendido (no reflexionando sobre las elecciones o sobre los Ejercicios de forma abstracta).

En los Ejercicios de la Fraternidad me quedé muy impresionada por tu forma de empezar el gesto, porque es como si nunca hubiese percibido como entonces que la consecuencia de Cristo resucitado es el despertar del “yo”, el despertar del “yo” como misterio. Esto me ha impresionado mucho, porque nunca había relacionado estas dos cosas, es decir, que me doy cuenta de que Cristo ha resucitado porque me siento revivir. Para darme cuenta de Cristo resucitado necesito la realidad, y para moverme necesito ocasiones como la campaña electoral. Uno ya no se mueve por una razón de

tipo político; me he dado cuenta de que para moverme necesito decirme a mí misma, antes que a los demás, cómo es mi experiencia. Desde este punto de vista, es impresionante pensar que los Ejercicios de la Fraternidad no son un contenido intimista –como a veces he escuchado decir–, sino un juicio histórico, el más pertinente a este momento histórico, porque únicamente un “yo” movido así se mueve de verdad, porque la alternativa es un inmovilismo que tiene como antecámara una reactividad contra uno mismo. He realizado muchos encuentros por toda Italia con motivo de las elecciones, y el episodio que me ha impresionado más ha sido el encuentro con una cabeza de lista de un partido importante en una gran ciudad en la que había elecciones. Ella estaba tan impresionada por lo que decíamos en el encuentro que nos preguntó si podíamos cenar juntos. En cuanto nos sentamos a la mesa, ella me miró y me dijo: «Pero tú, ¿por qué eres cristiana? ¿Cómo has encontrado a Cristo?». Yo le conté cómo había sucedido para mí el encuentro con Cristo; me quedé de piedra, porque ella me dijo: «Ahora comprendo por qué me he movido y me muevo: porque tengo un deseo que se aclara únicamente tocando la realidad como en la oscuridad, porque yo me muevo en la oscuridad, y espero de las cosas que suceden que me hagan comprender algo sobre mí. Ahora comprendo lo que me falta: no me falta Dios, me falta una autoridad. Me falta un padre, porque tú vives el mismo drama que vivo yo, pero tú no lo vives en la oscuridad, sino con claridad, mientras que yo lo vivo en la oscuridad».

O la claridad del hijo o la oscuridad del huérfano.

Quiero intervenir sobre las elecciones contando en primer lugar un hecho: este fin de semana ha explotado un volcán en Milán, que es el movimiento, porque ha cambiado físicamente la vida de la ciudad, porque detrás del CLU se ha movido todo el movimiento. Lo que quiero decir es que no ha sido como moverse detrás del jefe de la manada, todo lo contrario. El clima es violento, existe casi una intolerancia física a una presencia que se pone delante de todos. Ante esto, naturalmente, hay dos reacciones: una es la reacción furibunda (te sientes amenazado y respondes a tono), la otra es el desaliento (porque te hacen llorar, te toman el pelo, te rechazan). En cambio, en el movimiento en Milán domina un clima de alegría que no había visto desde hacía años, una alegría que responde a la agresión en términos de razones por las que votar, repitiéndolas e introduciéndolas con una paciencia a veces impresionante. Cuento sólo un episodio. Un egipcio agradece a un grupo diciendo: «Vosotros estáis contra los extracomunitarios», y entonces salen dos chicos árabes que van a estudiar a Portofranco y le dicen: «No es verdad, ellos nos defienden a nosotros, son los únicos que nos quieren de verdad», y comienzan una larga discusión en árabe. Alegría y plenitud de razones. Entonces digo: aquí hay algo extraño, algo excepcional, como si el deseo viese la presencia del Misterio en acción y esto mostrase la correspondencia y las razones. Me acuerdo de don Giussani cuando decía que ante los bárbaros, los monjes permanecían porque estaban llenos de certeza. Me llegó un sms que decía: «Nos están echando, pero no nos vamos». Nos quedamos. Sin embargo, quiero expresar la razón, en mi opinión, que tiene que ver también con la cuestión que se ha puesto de manifiesto en la primera intervención. Nosotros estábamos inmersos en la confusión, pero Carrón se ha mantenido firme, y nos ha hecho ver en acción la última parte de los Ejercicios, cuando ha hablado de la autoridad que desafía el corazón. Porque cuando ha hablado de la verificación de la fe, frente a las semanas que transcurrían llenas de dificultades, es como si hubiésemos hecho experiencia de una autoridad que no es como un robot, que no está encerrada en una torre, sino que te dice: «Prueba, ve, verifica». Viendo en primer lugar a los universitarios, uno a su vez se ha movido, pero no como grupo: de uno en uno hemos seguido a esta autoridad. Yo respondería así a la pregunta

inicial sobre el método: aquí estamos haciendo experiencia de algo todavía más grande que las elecciones, es decir, que seguir a una autoridad como desafío a las razones y no como la obediencia a una orden («Vota esto»), hace descubrir lo humano de un modo que, en mi opinión, es para siempre, es como un paso definitivo. Delante de una autoridad que te dice: «Mira tu deseo, ve hasta el fondo», tú te conviertes en protagonista de una presencia que durará, sin importar a quién apoyas electoralmente, porque es una presencia que siente que lo que está viviendo ya no se lo puede quitar nadie, y que es también la más eficaz. Pero, sobre todo, me parece que estamos empezando a verificar qué quiere decir el método de la experiencia, un deseo que alguien ha hecho renacer, y que descubre esa Presencia que antes no veía.

Vuelvo a leer lo que decías ahora, porque esta autoridad no soy yo, muchas veces no he sido yo; yo sólo he dicho: «Verifiquemos la fe», pero, ¿qué ha sido verificar la fe? No es «la imagen de la autoridad como un guía robot, casi como si se tratase de individuos encerrados en una torre desde la cual lanzan señales», hemos dicho en los Ejercicios citando a Giussani. Pero «la autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón. Así es guiado el pueblo». Puede ser la propia hija, puede ser un universitario, puede ser el vecino, puede ser el amigo. Y esto ha hecho que nazca el deseo en el que no lo tiene. Porque el método es el mismo, es una experiencia en acto. Y cada uno, si mira si se ha movido y por qué lo ha hecho, podrá reconocerlo, podrá ver qué posibilidad le ha ofrecido esta explosión, justo cuando parecía que se daban las condiciones para decir: «Mejor lo dejamos». En cambio, ha sucedido lo contrario, está sucediendo lo contrario.

Durante la campaña electoral he vivido esta experiencia de verificación de la fe de la que se está hablando. En un contexto como el que describía la intervención precedente, una mañana fui a repartir el manifiesto en un mercado en el que la mayoría de la gente era escéptica o bien estaba enfadada (habitualmente, las dos cosas van juntas); en un momento dado, una señora empezó a meterse conmigo desde lejos; entonces yo empecé a responderle desde lejos y poco a poco nos fuimos acercando, y ella echó sobre mí toda su rabia ante la situación política, etcétera. En un momento dado, en medio de su rabia, la paré y le dije: «Está bien, señora, pero en medio de todo esto, ¿cuál es el problema? Es decir, ¿por qué está tan enfadada?». Y entonces ella empezó contarme que sus dos hijos han perdido el trabajo, y que no tienen dinero para mantener a sus familias. Entonces se produjo esto en mí: me sorprendí experimentando una vibración ante la necesidad de esta mujer que era inimaginable un momento antes, que no es algo que programas, porque lo máximo que puedes alcanzar cuando programas es dilatar el sentimiento que tienes en ese momento. Pero ahí se produjo otra cosa, fue una pasión por su destino que es algo que muchas veces querrías poder vivir delante de la persona que amas, y que sin embargo no te pasa. Entonces, con mucha sencillez, le dije: «Señora, haré todo lo que esté en mi mano por usted, y me comprometo a buscarle una entrevista de trabajo para sus hijos». Entonces se paró, dejó de insultarme, me abrazó, empezó a estrecharme las manos y se puso a llorar: “Nadie me ayuda, nadie, en cambio tú sí”. Y entonces sorprendes, dentro de la experiencia, lo que puede taladrar ese escepticismo que parece muchas veces infranqueable: esta vibración de uno mismo delante del otro, que se da sólo desde que me he encontrado con Cristo, desde que yo mismo he sido mirado así. Puedo estar delante de una necesidad así porque yo he conocido a Aquél que llena esta necesidad, y por eso el primer criterio con el que me he movido a partir de ahí es sostener con todas las energías que tengo, yendo a repartir manifiestos, a aquéllos que permiten a este lugar que es la Iglesia, el movimiento, poder vivir libremente y proponerse como respuesta a la necesidad del hombre.

¡Es increíble que uno pueda sentirse insultado así y que esto no prevalezca como reacción, sino que uno se sorprenda viviendo esta vibración delante de la necesidad, esta pasión por el destino de otro hasta el punto de que se abre una posibilidad de diálogo! Él se preguntaba: «¿Qué puede agujerear este muro?». ¿Únicamente una razón política? Debemos hacernos de vez en cuando esta pregunta: ¿qué quiere decir incidencia histórica? ¿Qué mueve al hombre en lo más íntimo? Porque en estas elecciones se ha puesto de manifiesto que situaciones como éstas se han multiplicado hasta el infinito, y que todos aquellos entre nosotros que no habían hecho una experiencia no han sido capaces de mantenerse ante estas situaciones. En cambio, sólo los que han hecho esta experiencia han podido mantenerse sin huir, abriendo una posibilidad, agujereando el muro. Entonces preguntémosnos: ¿Es que Cristo, queriendo incidir en la historia, se ha confundido de método creando la Iglesia en vez de un partido político? Y del mismo modo: ¿Es que se ha equivocado don Giussani haciendo un movimiento y no un partido político con unas directrices determinadas? Si no comprendemos esto, siempre pensaremos que sería mejor hacer otra cosa, que seríamos más incidentes históricamente si hiciéramos otra cosa. ¡Pero esta explosión no se habría producido si no fuera por el motivo que estamos viendo! Si nosotros no salimos de estas elecciones con esta claridad, si no adquirimos esta conciencia, volveremos inexorablemente al viejo esquema, porque no hemos aprendido y juzgado nada nuevo. Como me escribe esta chica que había ido a repartir manifiestos delante de una iglesia: «Lo primero que me ha impresionado ha sido ver la violencia verbal con la que he sido tratada, y me he preguntado: “¿Cómo es posible que sean tan violentos?”. Y esto me ha hecho preguntarme también: “¿Qué me ha pasado para que pueda estar ante ellos sin caer en su juego?”. Y me he sorprendido –segundo punto– del alcance que tiene el encuentro en mi vida. Me he encontrado con personas que me desafían siempre sobre la razón, y ayer me di cuenta de que esto es un factor excepcional, porque para nosotros, que estábamos allí, era urgente preguntarnos qué estábamos aprendiendo. Tercero: me he encontrado con personas que no han tenido miedo de mi libertad. De hecho, las personas que nos acusaban habían censurado esto, y esto me permitió comprender la absoluta falta de estima de las personas y, más importante aún, me ha hecho darme cuenta de hasta qué punto soy amada, de que no estoy encerrada en una campana de cristal para no enfrentarme nunca a circunstancias y situaciones que exijan un juicio por mi parte; por el contrario, nuestro trabajo de verificación de la fe se hace sobre el terreno. Me ha sorprendido un agradecimiento todavía más consciente por el movimiento, por las personas que he conocido, que es en verdad único: por una parte, el hecho de ser espoleados a usar la razón y dar un juicio que sea por fin mío, por otra parte, el aprecio por mi libertad. Me he dado cuenta de que éstos son los dos signos de la verificación de la fe». Pero esto, ¿quién lo ha descubierto? Entre nosotros, ¿quién se ha vuelto más consciente de alcance histórico de la fe? Quien se ha implicado poniéndose en juego totalmente en esta propuesta (que no es una directriz que viene de arriba), y la ha verificado, y ha visto su conveniencia humana. Se trata de un ejemplo de la frase de Giussani que hemos citado a menudo: la fe se convierte en una experiencia presente, confirmada en la realidad. Esta persona, viviendo una experiencia en el presente, no un recuerdo del pasado, ha encontrado la experiencia misma la conveniencia humana de la experiencia que estaba haciendo: esto es lo que le permitirá resistir en un mundo en el que todo dice con violencia lo contrario. Os leo otro testimonio (es una universitaria que escribe a una amiga). «El reparto del manifiesto es una dinamo para la fe y para la humanidad, es preciso sorprenderse libres en movimiento [¡mirad lo que dice!] por un agradecimiento que existe, y que crece al actuar. He contado a mis padres que estoy repartiendo el manifiesto y por quién lo hago, y no se han tomado bien la noticia: “Te

han vendido bien la moto, eres una falsa cristiana”, etcétera. Todas las objeciones que me lanzan a la cara ellos u otras personas no mellan mi certeza; es más, se hace cada vez más razonable, y yo soy cada vez más libre, mientras los demás, con el paso del tiempo, están cada vez más enfadados, estén del lado que estén. También esto es significativo, porque yo no he sido convencida dialécticamente, sino que he estado y estoy con vosotros. Entonces, cada vez se hacen más míos [¡míos!] los criterios ideales del movimiento, a la par que el realismo y la pasión de llevarlos a cabo, y por eso no tengo necesidad de taparme la nariz delante de la política que no me gusta, porque tengo claro el origen y la finalidad. Y en este aspecto verifico la fe, es decir, descubro que me determina hasta el punto de concretarse en la forma de moverme incluso en la política. El domingo repartí el manifiesto a la salida de la misa vespertina. Como había estado distraída toda la tarde, en misa Le pedí que me reconquistara. Cuando salí para repartir el manifiesto me encontré otras cuatro chicas que estaban allí por el mismo motivo, y una de ellas atrajo instantáneamente toda mi atención [una atrajo la atención: la autoridad] por el rostro que tenía: resplandecía de lo contenta que estaba. Como me acerqué a ella y le miraba fijamente (¡qué vergüenza!), ella me preguntó por qué lo hacía. Y yo, en vez de responder, le pregunté su nombre y a qué se dedicaba. Entretanto, llegaron dos amigas y también ellas se quedaron asombradas por su rostro. Al final del reparto, nos despedimos de ella y nos fuimos. Luego las tres tuvimos la misma reacción: “¡Seguramente es del Grupo adulto!”. Yo seguí pensando en ello, porque nunca había entendido la vocación de san Mateo. ¿Cómo es posible que una mirada sea motivo suficiente para dejar todo y seguir? Jesús le dijo: “Sígueme”, y él Le siguió. ¿Cómo debió ser aquella mirada! Ahora sé que es posible, porque si en aquel momento ella me hubiese dicho: “Vamos”, yo la habría seguido, conquistada literalmente. Lo eterno [¡lo eterno] ha venido a mirarme, a mirarme a mí de este modo». ¿Por qué? Por esa relación con la Resurrección de la que hablaba la primera intervención. Los vivientes, ¡los vivientes! No los sentimentales, ¡los vivientes!, que pueden desafiar a los demás con esta intensidad de vida.

Frente a todo lo que está sucediendo, tengo dos sentimientos que me determinan muchísimo. El primero es el agradecimiento por lo que veo suceder, por lo que se ha contado también aquí, por el trabajo que estamos haciendo. Porque yo estoy seguro de que sin el trabajo que estamos haciendo, sin la insistencia en el trabajo que estamos haciendo, no sólo muchos de estos hechos no habría sucedido –y éste es un dato con el que hay que ser leales–, sino que no me habría dado cuenta del alcance que tienen. Es decir, nunca me habría dado cuenta del peso que tiene sobre mí verme arrancado del escepticismo, verme alegre, vibrante, no me habría dado cuenta del alcance que tiene históricamente el hecho de que te encuentras con gente y la cambias, la arrancas físicamente del escepticismo, el hecho de que hay gente que entra dentro de esta trituradora, esa centrifugadora en la que todo te arrojaría fuera, y sin embargo se mantiene unida consigo misma, alegre, feliz. En definitiva, no me habría dado cuenta del alcance de la experiencia que estoy haciendo. Y la otra cosa, el otro sentimiento que tengo dentro de mí es una inquietud, un deseo, casi un anhelo, porque lo que prevalece ahora es que yo quiero conocer cada vez más qué hace posible esto, qué hay en el origen de esto, qué está haciendo suceder estas cosas que yo veo, porque ya no puedo reducirlas a una cuestión de capacidad, de organización, de victoria o derrota numérica, de inteligencia, de lo estupendos que somos, de que somos más capaces que los demás. Necesito comprender cuál es el origen de esto que estoy viendo que me está cambiando a mí y a los demás.

Éste es el trabajo que tenemos que hacer: comprender. Terminé leyendo un texto de don Giussani que reacciona frente a uno que no ha comprendido este origen: «Un día de 1969, Giussani está caminando por los pasillos de la Universidad Católica, “en donde dominaba la revolución”, cuando se topa con “un chico que decía enérgicamente (evidentemente se había pasado a la revolución): ‘¡Si no encontramos las fuerzas que hacen la historia, estamos perdidos!’ [este joven pertenecía a nuestra historia, pero no se había dado cuenta de su alcance, y no había comprendido su origen: cuáles son las fuerzas que cambia la historia]. No quiero adentrarme en la descripción de la ingenuidad última –como la que tiene cualquier ideología que pretenda la universalidad– de esta frase. Quiero simplemente decir lo que se produjo en mi corazón como reacción al escuchar lo que afirmaba: que las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre”. En efecto, “la fuerza que construye la historia es un hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Cristo”. [No dice que la fuerza que cambia es el sentimiento, la fuerza que nos pone los pelos de punta... no, «la fuerza que cambia la historia es un Hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Cristo»]. Descubrir esto impide nuestra distracción como hombres, reconocer esto introduce nuestra vida en el acento de la felicidad, aunque sea tímida y esté llena de una reticencia inevitable”. Giussani subraya que “al profundizar en estas cosas uno empieza a tocarse las espaldas por la mañana y sentir el propio cuerpo más consistente, a mirarse en el espejo y sentir su propio rostro más consistente, a sentir el propio “yo” más consistente y el propio camino entre la gente más consistente, sin que dependa de las miradas de los demás, sino libre, no dependiente de las reacciones de los demás, sino libre, no víctima de la lógica de poder de los demás, sino libre”».

Ésta es la verificación de la fe: *ubi fides, ibi libertas*. Cada uno puede verificar ahora, como ante cualquier gesto que proponemos, en qué medida es más libre, en qué medida está más contento, en qué medida es más consistente, en qué medida ha crecido la conciencia del origen, porque si no crece esta conciencia, aunque hayamos contado hechos, sucederá como dijimos la pasada vez: hechos sin juicios. Y hechos sin juicios quiere decir que no aprendemos nada de los hechos, y por eso al final seguimos diciendo juicios sin hechos, es decir, hacemos ideología. Como si todo lo que hemos vivido no hubiese sido útil para comprender cada vez más el alcance de lo que hemos encontrado, es decir, para hacernos más conscientes de que las fuerzas que cambia la historia son las mismas que cambia el corazón del hombre, y que la fuerza que construye la historia es un Hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Cristo.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles **8 de junio** a las 21.30 horas. Retomamos de nuevo la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad con todo lo que hemos visto hoy.

En todas las ciudades, la celebración de la fiesta del Corpus Domini estará acompañada de una procesión pública. La Iglesia propone este gesto todos los años para recordar que Jesús es una presencia que sale al encuentro de la persona hoy, y es una petición a toda la sociedad. Para educarnos en la totalidad de la vida de la Iglesia, como todos los años, proponemos participar en la procesión del *Corpus* junto a toda la Iglesia. Hemos estado en Roma, pero queremos proponer a todo el mundo, a todo el movimiento este gesto que nos educa en la totalidad, que ensancha al corazón en la dimensión de la Iglesia. Por el recorrido que estamos haciendo, debería ser sencillo para nosotros comprender el valor de esta propuesta. En este sentido, puede resultar una ayuda la exposición sobre la Eucaristía, preparada por ITACA para el Congreso Eucarístico Nacional, que está recorriendo distintas ciudades, y que os ruego toméis en consideración: no podemos

desperdiciar la ocasión de esta exposición y del Congreso Eucarístico para dar un paso en la conciencia del valor de la eucaristía en nuestra vida, que todavía no está suficientemente claro como conciencia. Se trata de una ayuda para no perdernos lo mejor. En Milán, la exposición se realizará en el Palazzo delle Stelline (corso Magenta) del 31 de mayo al 12 de junio de 2011.

El sábado 11 de junio tendrá lugar la 33ª Peregrinación a pie de Macerata a Loreto, que comenzará a las 20.30 horas en el estadio de Macerata. La peregrinación es una ocasión para volver a ser mendigos, para reconocer toda la grandeza de nuestro deseo, tan grande que no somos capaces de responder a él.

Voluntarios en el Meeting. El Meeting de Rímíni es un ejemplo a gran escala de lo que puede generar una mirada nueva sobre la realidad. El Meeting es un gesto expresivo de todo el movimiento, de todos, porque es el lugar al que podemos invitar y decir: «¡Mira, mira lo que brota de una fe vivida así! Mira qué capacidad de dar razones, de encuentro, de propuesta, de incidencia histórica», por eso el Meeting es un bien para todos, es uno de los bienes más hermosos que la historia del movimiento ha generado, y por eso es una cosa de todos. Y es algo que se hace posible a través del “yo” de cada uno comprometido con esta realidad: desde los organizadores a los conferenciantes, desde la gente que participa a los voluntarios, ya se trate de presentar una exposición o de vigilar una valla para que no pase nadie. Esto no es lo importante, porque no lo hacemos para obtener algo a cambio, sino, como decíamos antes, por ese “plus” que ya tenemos, como agradecimiento.

Lo que establece la diferencia es la implicación de la persona *en* lo que hace, no tanto aquello que hace. Si uno está presente y acepta el desafío que debe afrontar para vivir la tarea que se le ha confiado, todo resulta útil, y cada uno puede vivir el servicio obteniendo un beneficio para sí mismo. Si uno hace un pequeño gesto como relación con el Misterio, aunque sea pequeño está lleno de un significado infinito, y adquiere un alcance sin límites. Por eso proponemos el voluntariado en el Meeting como una ocasión privilegiada.

Veni Sancte Spiritus